



EN TORNO AL PROBLEMA DE LA EXISTENCIA HISTÓRICA *Julius Kakarieka S.*

La existencia del hombre es una existencia histórica. Esta afirmación constituye para nosotros una especie de axioma. La planta y el animal no tienen historia; ellos crecen y se desarrollan *naturalmente*, esto es, de acuerdo a las leyes de la naturaleza que actúan tanto en ellos como en el medio que los rodea. Su vida está determinada por una forma de ser que se realiza *necesariamente*. Se trata de un simple desenvolvimiento de algo dado: de una simiente o un germen.

“Cuando sembramos la simiente de un árbol —dice Ortega— prevemos todo el curso normal de su existencia. No podemos prever si el rayo vendrá o no a segarle con su alfanje de fuego colgado al flanco de la nube; pero sabemos que la simiente de cerezo no llevará follaje de chopo”¹.

En términos muy parecidos podríamos referirnos también a la vida del animal. Si bien es verdad que en él se amplía considerablemente el margen de nuestra imprevisión, debido a una gran variedad de impulsos que se presentan en su comportamiento; con todo, en sus rasgos fundamentales, el animal quedará siempre igual: en su vida se produce constantemente una repetición invariable de los mismos procesos. Los cambios y mutaciones que la ciencia ha observado en distintas especies constituyen una transformación muy lenta y, a simple mirada, imperceptible, porque se efectúa dentro de intervalos sumamente largos (de millones de años).

El hombre en sus aspectos físico y biológico está también sumido en la naturaleza y tiene que someterse a sus leyes, al igual que otros seres vivientes. Incluso sus procesos psíquicos están sujetos a ciertas normas generales o

*Discurso pronunciado en el Acto Inaugural del Año Académico 1983.

¹ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *El tema de nuestro tiempo*. Revista de Occidente. Colección El Arquero. 13ª Edición, Madrid, 1958, p. 17.

regularidades, aunque no revisten nunca un grado de determinación tan alto como su parte meramente biológica.

Sin embargo, lo propiamente humano en el hombre es su *realidad espiritual*. El espíritu es capaz de evadirse del determinismo natural y crear un mundo propio: éste es el *mundo de la historia*. La historia es una forma de existencia en la que se da siempre la posibilidad de una decisión libre, de una opción, elección o asentimiento. La libertad humana es un hecho fundamental de la historia; y debido a ella, todo acaecer histórico está abierto continuamente a riesgos, contingencias e incertidumbres; fenómenos que apenas tienen alguna importancia en los procesos naturales cuyo contenido puede ser reducido, en última instancia, a un conjunto de leyes generales o probabilidades estadísticas.

Esta es la razón, justamente, por qué es tan difícil, en el terreno de la historia, hacer predicciones del futuro en forma precisa y detallada. No podemos hacerlas ni por medio de los astros, ni por medio de las estadísticas. Para predecir el futuro se necesita tener dotes de profeta.

El hombre encierra en sí muchas posibilidades, posibilidades insospechadas de antemano. Su ser es, en su esencia, un ser *abierto*, no encerrado ni concluido en su peculiaridad. Según ha señalado Ortega, "el hombre no es cosa ninguna, sino un drama —su vida, un puro y universal acontecimiento"².

Las cosas —para Ortega— poseen una consistencia fija y dada, una textura permanente. El hombre, en su aspecto físico y biológico, también es una cosa, es decir, posee una estructura fija, pero ésta es sólo una dimensión de la vida humana, que no es la única ni decisiva en el cálculo del conjunto.

Es una característica peculiar del ser humano el tener que *hacerse a sí mismo*. "El existir mismo —dice el filósofo español— no le ha sido dado "hecho" y regalado como a la piedra, sino que... al encontrarse con que existe, al acontecerle existir, lo único que encuentra o le acontece es no tener más remedio que hacer algo para no dejar de existir. Esto muestra que el modo de ser de la vida humana ni siquiera como simple existencia es *ser ya*, puesto que lo único que nos es dado y que *hay* cuando hay vida humana, es tener que hacérsela, cada cual la suya. La vida es un gerundio y no un participio: un *faciendum* y no un *factum*. La vida es quehacer. La vida, en efecto, da mucho que hacer. Cuando el médico, sorprendido de que Fontenelle cumpliera en plena salud sus cien años, le preguntaba qué sentía, el centenario respondió: "Rien, rien du tout... Seulement une certaine difficulté d'être". Debemos generalizar y decir que la vida, no sólo a los cien años, sino siempre, consiste en "difficulté d'être". Su modo de ser es formalmente ser difícil, un ser que consiste en problemática tarea. Frente al ser suficiente de la substancia o cosa, la vida es el ser indigente, el ente que lo único que tiene es, propiamente, menesteres. El astro, en cambio, va, dormido como un niño en su cuna, por el carril de su órbita"³.

El hombre se halla continuamente en un proceso de *formación de sí mismo*,

²ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Historia como sistema*. Revista de Occidente. Colección El Arquero. 3ª Edición, Madrid, 1958, p. 36.

³Ibíd. pp. 36-37.

donde sería muy difícil fijar límites a sus posibilidades. "El hombre —señala Ortega— es una entidad infinitamente plástica de la que se puede hacer lo que se quiera... repase un momento el lector todas las cosas que el hombre ha sido, es decir, lo que ha hecho de sí —desde el "salvaje" paleolítico hasta el joven surrealista de París—. Yo no digo que en cualquier instante pueda hacer de sí cualquier cosa. En cada instante se abren ante él posibilidades limitadas —ya veremos por qué límites—. Pero si se toma en vez de un instante todos los instantes, no se ve qué fronteras pueden ponerse a la plasticidad humana"⁴.

En esta oportunidad, sin embargo, tenemos que subrayar —para evitar equívocos o contradicciones— que, a pesar de todos los cambios que experimentamos en el curso de nuestra vida, se conserva en nosotros una cierta *mismidad del ser*, una cierta identidad del "yo". Ello deriva del hecho de que desde el principio está dada en nosotros la persona en forma de "proyecto".

"El yo del hombre —afirma Rudolf Bultmann— no está enteramente determinado por su historicidad. Debemos poner de relieve, expresamente, que en las decisiones de la persona actúa un *sujeto personal*, un yo, que se decide y que tiene su vida propia... La existencia del yo es temporal —histórica, y su plenitud se halla siempre delante de él, en el futuro (sin poder ser jamás alcanzada). Con todo, el sujeto de las decisiones, cada vez nuevas y distintas, es siempre el mismo; se trata constantemente de un mismo yo, el que se desarrolla, crece, deviene, se perfecciona, y decae"⁵.

La libertad es, como ya lo hemos señalado, una realidad fundamental de la vida humana. Si no fuera así, el destino de la humanidad habría sido completamente distinto. Incluso aquellos que niegan la libertad en sus teorías, en la vida práctica la afirman a diario, tomando diversas decisiones que atañen a su trabajo, sus relaciones con otros hombres, sus deberes cívicos, etc.. Ellos saben perfectamente que habrían podido tomar decisiones distintas (mejores o peores, según el caso). En virtud de su libertad, puede el hombre desear o rechazar las cosas, puede hacer o dejar de hacer.

"El hombre es —según la famosa fórmula de Max Scheler— el ser que puede adoptar una conducta *ascética* frente a la vida —vida que le estrema con violencia—. El hombre puede reprimir y someter sus propios impulsos; puede *rehusarles* el pábulo de las imágenes perceptivas y de las representaciones. Comprobado con el animal que dice siempre "sí" a la realidad, incluso cuando la teme y rehuye, el hombre es el *ser que sabe decir no*, el *asceta de la vida*, el eterno *protestante* contra toda *mera realidad*"⁶.

Cuando observamos la conducta de un animal, podemos saber de antemano a qué obedecerán sus impulsos, porque se trata de una existencia cerrada,

⁴Ibíd. p. 40.

⁵BULTMANN, RUDOLF, "Geschichte und Eschatologie". J.C.C. Mohr. Tübingen, 1958, pp. 173-174.

⁶SCHELER, MAX, "El puesto del hombre en el Cosmos". Traducción de José Gaos. Ed. Losada. 4ª Edición, Buenos Aires, 1960, p. 85.

concluida en su peculiaridad. Del contacto del animal con las cosas, con el medio que lo rodea, viene algo determinado, algo sujeto siempre a la acción de unas mismas leyes y, por tanto, susceptible de previsión. La existencia humana, en cambio, está abierta a las posibilidades más diversas, las que, por lo general, superan nuestra capacidad de previsión y cálculo.

Desde luego, en el hombre también podemos observar, algunas veces, actos que no obedecen o, por lo menos, no obedecen por entero a su libre albedrío, sino más bien a sus instintos, impulsos o a la presión del medio. Sin embargo, siendo el hombre un ser *espiritual*, según insiste Max Scheler, "ya no está vinculado a sus impulsos, ni al mundo circundante, sino que es *libre* frente al mundo circundante, está *abierto* al mundo, según la expresión que nos place usar"⁷.

Para tener una idea cabal de lo que es la libertad del hombre, deberíamos considerarla en sus tres aspectos fundamentales, tal como lo propone el filósofo alemán:

- 1) La libertad del poder-querer
- 2) La libertad del poder-hacer (poder hacer o ser capaz de hacer aquello que se quiere hacer
- 3) La libertad de hacer mismo⁸.

Cuando se trata de la libertad del *poder-querer*, no sabemos qué límites se podrían trazar en este caso. Para los deseos y las aspiraciones humanas, prácticamente no hay límites fijos. En el caso de la libertad del *poder-hacer*, nos encontramos ya con algunas trabas (trabas bastante serias), porque no siempre somos capaces de hacer lo que queremos. La estructura de nuestra personalidad nos impone aquí una serie de limitaciones. Y si consideramos, finalmente, la libertad del *hacer mismo*, en el plano de la realidad objetiva, nuestras posibilidades se reducen más aún. "La libertad del *poder-hacer* —dice Scheler— no coincide de ningún modo con la libertad del *hacer mismo*. Todo hacer para el cual existe una libertad del poder-hacer o para el cual, como podríamos decir, existe una "plenitud del poderío", puede no obstante ser impedido por la fuerza"⁹. Hay tantos factores que pueden restringir nuestra libertad: una repentina enfermedad, falta de recursos económicos, la presión del medio social, etc. Estas limitaciones producen a veces la sensación como si la libertad no existiera en absoluto. Sin embargo, no deberíamos dejarnos engañar. Es una gran falacia el tomar en cuenta solamente la posibilidad objetiva que se nos presenta; tenemos que considerar siempre nuestro poder intrínseco, el que nos permite sentirnos libres incluso bajo la peor opresión externa. La experiencia de la libertad, como señala Scheler, se destaca de un modo particularmente claro y palpable cuando tenemos que resolver cuestiones importantes y significativas. Sobre todo: "allí donde —en el caso del malogro de nuestro plan—

⁷Ibíd, p. 64.

⁸SCHELER, MAX, "Metafísica de la libertad". Trad. de Walter Liebling. Ed. Nova. Buenos Aires, 1960, p. 27.

⁹Ibíd, pp. 27-28.

estamos decididos a imponernos grandes sacrificios, en todo "riesgo", se nos muestra con máxima claridad la libertad"¹⁰.

Esta afirmación de la libertad, como ya lo hemos visto, no excluye en ningún momento la realidad de algo *dado* en la vida humana, la realidad de un *destino*, que limita al hombre en cuanto a sus posibilidades. El hombre tiene que hacer frente, continuamente, a los factores sobre los cuales su poder es muy limitado y, a veces, completamente nulo.

En primer término, tiene que enfrentarse cada uno con su propia *realidad interna*: su herencia biológica, su "constitución", su temperamento, sus dotes innatos. Todo ello ya está dado y señala, desde un principio, ciertos límites a la esfera de acción de la persona. Indudablemente, las disposiciones temperamentales pueden quedar amoldadas a ciertas normas de comportamiento en virtud de una educación prolongada; pero los rasgos fundamentales de una persona se conservan durante toda su vida. Este es su destino. Las disposiciones innatas para ciertas actividades intelectuales o artísticas pueden convertirse en talento y alcanzar éxitos brillantes cuando se realiza un esfuerzo adecuado por desenvolverlas y perfeccionarlas; pero si alguien carece de un don innato en este terreno (por ejemplo: en matemática, música o poesía), no llegará a nada, a pesar de todo el empeño de voluntad que despliegue.

El hombre tiene que enfrentarse, además, con la *realidad externa*, con el *mundo*, en que está inserta su existencia. Aquí, debemos tomar en cuenta toda clase de implicaciones que puede tener para su destino tanto el contorno físico en que le toca vivir (clima, paisaje, riquezas naturales, etc.), como también el contorno humano que le rodea y que posibilita y estimula su desarrollo (familia, comunidad de trabajo, pueblo, etc.). A este último factor está íntimamente ligada la herencia histórico-cultural, cuyas raíces hay que buscar, con mucha frecuencia, en un pasado muy lejano.

El ser humano se enfrenta por doquier con fuerzas que lo impulsan en una dirección determinada o que constituyen trabas para su libre expansión. Algunas veces nos lamentamos y nos dejamos abatir por lo que nos ha tocado en suerte; pero no podemos hacer otra cosa sino aceptarlo resignadamente. Hay innumerables casos, sin embargo, en que nos sentimos orgullosos del legado que hemos recibido; orgullosos de los méritos de nuestros antepasados, de las hazañas de nuestro pueblo o de los adelantos culturales de nuestra época.

Tal como el pasado individual pesa en todo momento sobre las decisiones y el comportamiento de cada cual, de la misma manera, el pasado colectivo, por ejemplo, el pasado de una nación, gravita sobre la situación presente. Los grandes problemas que agitan a una sociedad siempre tienen sus raíces en el pasado. Razón por la cual es tan importante conocer más de cerca este pasado. Podemos decir, sin incurrir en exageraciones, que lo que es la memoria para un individuo, lo es la Historia para un pueblo. El individuo que pierde la memoria, tal como se da en el caso de una amnesia, pierde, al mismo tiempo, la conciencia de su identidad personal. En este estado, el individuo no sabrá siquiera

¹⁰Ibid, p. 14.

quién es ni cuáles son las tareas que debe realizar. Lo mismo pasa con un pueblo que se desentiende de su pasado, que deja caer en el olvido el recuerdo de las gestas que han realizado sus antepasados. Sin el conocimiento de los valores del pasado no puede haber ni la comprensión del presente, ni la proyección del futuro.

A los factores del destino humano se suma también, de un modo significativo, el *azar*, una coincidencia fortuita de hechos o acontecimientos, unas veces favorables, otras veces adversos. Coincidencia que no obedece a ninguna ley, a ningún nexo causal. Pero un simple azar nos puede abrir el camino hacia ciertos éxitos personales, nos puede encaminar hacia un maestro, nos puede estimular en la ejecución de nuestros planes. Y también puede significar un súbito infortunio, una pérdida de todo lo que más apreciamos en la vida. Reflexionemos sólo un instante acerca de las tremendas consecuencias que podría traernos, de repente, algún cataclismo de la naturaleza o una guerra; y en el plano individual, por ejemplo, un simple accidente de tránsito.

Si estudiamos más atentamente los grandes acontecimientos del pasado, encontramos que en cada uno de ellos también el azar ha tenido su parte: unas veces mayor, otras veces menor, pero en ningún caso podríamos eliminarlo de la compleja textura de la historia. Herbert Butterfield, uno de los historiadores más distinguidos de nuestro siglo, nos proporciona una serie entera de ejemplos que ilustran, en forma muy luminosa, el papel que el azar desempeña en la historia de la humanidad: "Tan delicada es la trama de la historia que unos pocos microbios en Washington, una enfermedad que elimine varios hombres de Estado a la vez y produzca allí un temporario trastorno, decidirían en breve tiempo quién sería el amo de Europa. Y así el mundo, girando siempre sobre su endeble soporte, podría encontrarse de pronto rodando por una ruta nueva.

El profesor Bury, después de haberse mostrado demasiado rígido en sus primeras afirmaciones científicas, llegó a la conclusión que la forma de la nariz de Cleopatra había cambiado el curso de la historia. La mente humana nunca tendrá la flexibilidad suficiente para prever las infinitas sorpresas que pueden surgir de la compleja actividad histórica. En este sentido, la contextura de la historia es tan leve como una tela de araña, tan tenue como el pensamiento y tan cambiante como la superficie del agua agitada por el viento.

Cuando volvemos nuestra mirada al pasado, vemos los hechos inmóviles y helados tal como sucedieron, y su rigidez se impone tanto a nuestras mentes que pensamos que siempre fueron inevitables. Apenas si podemos imaginar que hayan podido suceder de otra manera.

Pero cuando miramos hacia el futuro, aún indeterminado, nos resulta difícil no advertir su inexpresable fluidez. Si Mr. Churchill se hubiera enfermado o descorazonado en 1940, la mente se devana ante los múltiples y diversos cursos que pudo haber tomado el mundo"¹¹.

Hay infinitas circunstancias en esta vida que el hombre no puede cambiar;

¹¹BUTTERFIELD, HERBERT, *El cristianismo y la historia*. Trad. de Delfín L. Garasa. Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1959, pp. 119-120.

pero él las conoce (a diferencia del animal), las valora, asume su posición frente a ellas y, frecuentemente, también les impone su dominio, les da forma y sentido. En la respuesta que da el hombre a su destino (que puede presentarse en formas tan variadas), en esta respuesta singular y única, se desenvuelven sus fuerzas, se realiza su personalidad; la que puede ser también malograda y destruida. El ser humano se realiza a sí mismo históricamente mediante las decisiones que toma y el esfuerzo que despliega en las encrucijadas de su camino por el mundo.

Para completar nuestras consideraciones, nos permitimos citar, una vez más, a Ortega, quien ha sabido abordar el problema de la existencia histórica de un modo más elocuente que cualquier otro autor de nuestro tiempo:

“Circunstancia y decisión son los dos elementos radicales de que se compone la vida. Las circunstancias —las posibilidades— es lo que de nuestra vida nos es dado e impuesto. Ello constituye lo que llamamos el mundo. La vida no elige su mundo, sino que vivir es encontrarse, desde luego, en un mundo determinado e incanjeable: en este de ahora. Nuestro mundo es la dimensión de fatalidad que integra nuestra vida. Pero esta fatalidad vital no se parece a la mecánica. No somos disparados sobre la existencia como la bala de un fusil, cuya trayectoria está absolutamente predeterminada. La fatalidad en que caemos al caer en este mundo —el mundo es siempre *éste*, este de ahora— consiste en todo lo contrario. En vez de imponernos una trayectoria, nos impone varias y, consecuentemente, nos fuerza... a elegir. ¡Sorprendente condición la de nuestra vida! Vivir es sentirse *fatalmente* forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a hacer en este momento. Ni un sólo instante se deja descansar a nuestra actividad de decisión. Inclusive cuando desesperados nos abandonamos a lo que quiera venir, hemos decidido a no decidir”¹².

En nuestra problemática queda todavía un aspecto importante que tenemos que destacar: el hombre no se desenvuelve sencillamente por sí mismo, sino en el *encuentro con otros hombres*. De ahí su calidad de ser social. “La persona —dice Romano Guardini— existe en la forma del *diálogo*, orientada a otra persona. La persona está destinada por esencia a ser el Yo de un Tú. La persona fundamentalmente solitaria no existe”¹³.

El encuentro es algo más que un simple contacto con otros seres que nos rodean. Cierta clase de contacto lo tienen también los animales. Como señala el mismo Guardini, el encuentro significa la presencia de un nexo espiritual entre el hombre y su contorno (físico y humano). “Los encuentros se efectúan en este mundo de mil maneras diferentes, culminando en los grandes riesgos que asume el hombre cuando se entrega a otro hombre, a una idea o una obra. Los encuentros se realizan en diversas relaciones de amistad, de amor, de acción, de creación, etc.”¹⁴.

¹²ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *La Rebelión de las masas*, Revista de Occidente, Colección El Arquero, 36ª Edición, Madrid, 1962, pp. 91-92.

¹³GUARDINI, ROMANO, *Mundo y persona*, Trad. de Felipe González Vicen, Ed. Guadarrama, Madrid, 1963, p. 208.

¹⁴GUARDINO, ROMANO, *Freiheit, Gnade, Schicksal*. Kösel-Verlag, München, 1949, pp. 156-157.

La vida en comunidad que es indispensable para que el hombre pueda subsistir como especie y desarrollarse como ser racional, crea también condiciones que le permiten alcanzar, con el correr del tiempo, un grado insospechado de *progreso*. El esfuerzo común de muchos hombres y de muchas generaciones ha sido coronado con espectaculares conquistas en los campos más diversos del saber y de la creación humana. El tema del progreso es, en realidad, demasiado complejo para que podamos abordarlo aquí en sus aspectos fundamentales. Vamos a aportar solamente algunas reflexiones que tienen relación con el tema de la existencia histórica.

El progreso no es en ningún caso automático; no viene por sí mismo. El progreso se halla íntimamente vinculado al esfuerzo del genio creador del hombre y al trabajo de los grandes grupos humanos. Tanto el estudio del pasado como nuestra propia experiencia nos enseñan que mientras se logran espléndidos resultados en unos sectores de la vida humana, se producen, muy a menudo, graves retrocesos en otros. Algunas veces ni sabríamos decir qué es más valioso: lo que se gana o lo que se pierde. No deberíamos confundir, además, el progreso *acumulativo* que se da en el campo de las ciencias y de la tecnología, con las curvas y los altibajos que observamos continuamente en el campo de las artes, de la filosofía, de la moral y la religión.

El extraordinario auge de las ciencias de la naturaleza y las inmensas posibilidades de su aplicación práctica han revivido en las últimas dos centurias los antiguos sueños milenaristas, el anhelo de un paraíso terreno, el que descendería sobre la tierra en una sociedad del futuro organizada según las milagrosas recetas de los sabios modernos. Esta sociedad, perfecta y feliz, transformaría de raíz no sólo las condiciones de vida de los hombres, sino su ser mismo, su estructura interna.

¿Existe, en la realidad histórica conocida por nosotros, alguna prueba, algún argumento, que permita corroborar las esperanzas tan optimistas? Sin duda, ha habido grandes triunfos, admirables hazañas, actos de abnegación y de heroísmo; pero al lado de ellos, ¡cuántas locuras y cuántos crímenes!, ¡cuánta destrucción de los bienes y de las vidas humanas! Según la famosa expresión de Max Weber, la historia universal es como una calle, que el diablo ha pavimentado con valores destruidos.

El hombre, como hemos puesto de relieve en estas consideraciones, es un ser *abierto e inconcluso*. En su vida se presentan continuamente nuevas posibilidades y nuevos dilemas que ponen a prueba su inteligencia y su voluntad. En el proceso en que se halla envuelto, el hombre no alcanza nunca un estado de perfección o de quietud; no llega nunca a un puerto seguro. Sólo la muerte viene a poner fin a sus problemas.

La misma *inconclusión* que observamos en la vida del individuo, es extensiva, como señala Jaspers, a la historia entera de la humanidad. Siendo la historia obra de los hombres, no cabe esperar a que se alcance en su transcurso algún estado ideal, alguna organización perfecta y definitiva que asegure a la atribulada humanidad una felicidad duradera. "No son posibles —concluye el autor citado más arriba— estados finales permanentes más que si se retrocede al

mero acontecer natural. Por la permanente inconclusión de la historia, todo debe cambiar, ser constantemente de otra manera".¹⁵

Este es el mundo histórico; ésta es la realidad de la que formamos parte, y que es objeto de nuestra reflexión y estudio en sus aspectos más relevantes. La ciencia histórica pretende conocer lo que el hombre ha hecho y lo que ha padecido. Obviamente, se trata de una ciencia del pasado humano; en ciertos casos, de un pasado muy lejano. Sin embargo, la trama de nuestra existencia está hecha de tal manera que solamente sobre la base del conocimiento del pasado podemos comprender los problemas del presente y enfrentar los desafíos del futuro.

¹⁵JASPERS, KARL, *Origen y meta de la Historia*, Trad. de Fernando Vela, Revista de Occidente, Madrid, 1950, p. 250.